

A PESAR DE TODO PODEMOS EDUCAR

¿Creemos en el hombre?

¿Hay base para creer en el hombre? La pregunta, de puro vieja, se nos antoja pueril. Apenas la soportamos. Hace sonreír con ironía: con ironía que es fruto de honda desconfianza. Es que no creemos en el hombre; y se diría que ni aun hay razones para querer recobrar esa fe perdida.

Desde luego, nadie juzga posible demostrar que los recursos del hombre son de eficacia segura; pero, además, no nos arriesgamos a creer que la tengan probable. Ni sentimos que la sola fe en el hombre induzca a empeñar la vida por él.

Muchos se ilusionan pensando que no es así. El ateo que despliega todas sus energías y renuncia al bienestar en favor de los hombres, dirá que tiene fe heroica en la humanidad. Mas su actitud es de radical desesperación: no cree en aquellos por quienes lucha.

Mientras fijamos la mirada en el hombre y pensamos solo en él, el esfuerzo de la voluntad no halla suelo firme en que hacer pie. A lo sumo, cabe entregarse a la agitación, a una actividad desordenada que aturde; o bien a otra agitación, disimulada, que consiste en dar curso a las energías calculando y actuando con tesón, pero, en el fondo, con la certeza de que todo es inútil. Los dos medios son evasiones: maneras de olvidar que se desconfía, cuando todo está inspirado por la desconfianza.

Eso, cuando la mirada se fija en lo humano y renuncia a toda otra perspectiva. No aparece entonces camino alguno, que lleve a una verdadera liberación, frente a los males que amenazan u oprimen al hombre; de ahí que se procure alcanzar al menos algo, ya que el todo y lo mucho se juzgan imposibles. Pero ese «algo» no es sino lo incapaz de colmar nuestra aspiración más profunda y valiosa. El derrotismo acerca de lo que realmente libra y salva, trata el hombre de ocultarlo con esperanzas que pueden cumplirse, pero que son la estrechez perdida en lo inmenso.

La postura de quien desespera y nada hace, ni por conseguirlo

todo ni por lograr siquiera algo, es, evidentemente, más pobre todavía. Dicha postura no existe en su forma extrema; pero, en forma atenuada, de poquedad para los proyectos más nobles y a la vez para los de horizonte cerrado, muchos tendemos a adoptarla. Nos sentimos cautivados por la cobarde tranquilidad de la inacción a toda costa.

¿Podemos educar?

El educador y el educando son hombres; y además son cada uno de nosotros. ¿Podemos educarnos y educar, sin tener fe en el hombre?

Creer en lo que, ante la mirada sincera y perspicaz, se revela construido sobre el error, es indigno de la mente que Dios nos ha dado; y tal parece ser la fe en el hombre, si se la encierra dentro de límites exclusivamente humanos. Mas, por otra parte, el desaliento es demasiado nocivo para resignarse a aceptarlo pasivamente; y ¿cómo puede dejar de invadirnos, en nuestra labor educativa, si no creemos en el hombre?

Apoyarse sólo en el hombre, caña frágil, a nada conduce; y significa, cuando menos, ausencia de relaciones amistosas con Dios. Huir a la interioridad, pretendiendo unirse a Dios sin cuidar del bien de los hombres, es la negación misma del amor a El: es hacerle instrumento para el logro del bienestar egoísta. Y buscar entre ambas posiciones un justo término medio, puede ser afán utópico. No es lícito atribuir valor al hombre sin referirlo a Dios, ni sustraer del valor religioso el amor al hombre; pero menos aún tomar a la vez, de los dos extremos, lo que más favorece al egoísmo. Este se halla en todo humanismo que absolutiza al hombre y en la evasión seudorreligiosa que se niega a amarle; huelga decir que no es tal el justo medio.

Acaece todos los días, el querer conciliar excesos contrarios con un compromiso no menos vicioso que ellos. También sucede a diario, que uno de los dos se acepte tal cual y el otro se rechace en absoluto. La solución del problema que nos ocupa, no ha de buscarse por ninguno de estos caminos. La postura de quien abraza lo humano y la del que renuncia a lo meramente humano, implican, cada una, elevados valores. Mucho importa distinguir las de los remedos a que se ha aludido; y, descubiertos la verdad y el bien que las penetran, tal vez resulte fácil ver cómo se aúnan en su origen, es decir, en Aquel que es la Verdad y el Bien.

Avanzar hacia la solución, no es —repetámoslo— buscar, entre es-

tas dos posturas, un término medio que aúne tan solo aspectos superficiales y cómodos de ambas, sin aquello que las avalora. Tampoco debemos limar los rasgos peculiares de cada una, pues en lo que las distingue hay elementos valiosos; ni suprimir la tensión entre ellas, ya que esta misma tensión impulsa hacia la Plenitud que les da origen.

Por otra parte, son insuficientes, para nosotros, los principios que, por su vaguedad y separación de la vida, no orientan ni mueven nuestra labor de educadores. Así, pues, conviene, para examinar el problema, verlo trenzado con las realidades que palpamos y vivimos; no disociándonos de esa realidad, antes sintiendo cómo, en mayor o menor grado, está incorporada en nuestro propio ser.

Mas el problema no queda aún planteado con claridad. Lo entre- vemos, pero sólo podremos formularlo poco a poco. Nos preguntamos si los recursos del hombre —y, en primer lugar, los nuestros y los de los niños y jóvenes a quienes educamos— merecen confianza: pregunta que, hecha en términos tan imprecisos, casi no tiene significado. Con todo, vierte luz sobre ella el hecho de que la vida de tantos educadores —quizá la de todos— se halle penetrada por la desazón de temer ser poco eficaz. Parece muy a propósito el fijarnos en algunas de las causas, más o menos conscientes, de ese temor que nunca nos deja enteramente libres. La respuesta, aunque nos doliese, habrá de ser, en la medida en que lleguemos a encontrarla, muy beneficiosa para nuestra actividad educativa.

Pecado en la autoridad

El educador —cada uno de nosotros— está en peligro de mirar a los educandos como terreno en que dominar, como campo de acción para el esfuerzo y las habilidades a que induce el instinto de mando. Por cierto que nos damos cuenta de ese peligro; pero, a pesar de ello y de la vigilancia sobre nuestros actos, hay razón para sospechar que tal instinto sea uno de nuestros más frecuentes móviles.

No cabe duda, por lo demás, que el instinto de mando, no sólo puede, sino que debe ser medio para encauzar las aptitudes y energías de los discípulos. Pero a menudo no es esto precisamente lo que ocurre; al contrario, se considera a los discípulos —responsable o inadvertidamente— como medio para dar curso a aquel instinto. Un

examen sincero y no superficial, tal vez nos obligue incluso a decir: ¿No estarán mis desvelos de educador gravemente dañados en su raíz misma?

El conceder un margen de autogobierno a los educandos, no es garantía suficiente de que respeto su carácter de personas. Como personas, tienen derecho a disponer de sus actos, dentro de los límites del bien y según el grado de la formación adquirida; mas, cuando les doy un margen de autogobierno, ¿lo hago movido por ese derecho y por mi correspondiente deber? El instinto de mando no se vale tan solo de la fuerza, sino también de la habilidad; y el evitar la excesiva dureza, puede ser medio para atarlos más fácilmente a mi propio querer; no ya medio de formarles, sino de gozar al ver cómo les domino. Y, por otro lado, puede inducirme igualmente a ese respeto ficticio el deseo de la tranquilidad egoísta.

Hay una libertad justa y prudente que es factor necesario para la formación de los educandos, al par que exigencia de su dignidad de personas. Lo cual no significa: «Si les dejo esa justa y prudente libertad, como educador cumplo, aunque moralmente no sea recto mi fin.» Aquí se olvida lo más imprescindible de toda acción magisterial: lo que forma a los educandos, es lo más íntimo de los fines que el educador se propone. Las acciones que en lo íntimo buscan un fin dañado, son estériles para la educación: no hay en ellas manifestación del Bien divino, antes, cuando más, un torpe simulacro. Educar es, en última instancia, hacer que la vida de Dios penetre en la vida humana; por eso no pueden ser educativas las acciones que están vacías de El. En cambio, introducir *eficazmente* a Dios en lo íntimo de nuestros fines, es acompañarle hasta la puerta del educando e invitar a éste, de la mejor manera, a que abra.

Así, pues, queda en pie la sospecha de que mi actividad concreta de educador esté contaminada por una mal entendida autoridad. La sospecha incluso se acentúa, al observar cómo el bien que otros logran en favor de los educandos, no pocas veces me contraría. Ese bien, aunque genuino, tiene para mí un defecto imperdonable: tiende a alejarme del centro del sistema.

También nuestro propio egoísmo nos contraría. Puede ocurrir que, en apariencia, lo rechacemos enérgicamente. Mas, aun en tal actitud, ¿no hay una oculta tendencia a sobreponernos y dominar? Muy halagadora es la tentación de «resignarse» a ser generoso para aventajar a los egoístas. Es buena la emulación que se subordina al bien;

pero ¿lo es de igual modo el hacer del bien un medio, al servicio de la emulación?

De nuevo, la pregunta: ¿Es fácil o siquiera posible educar? De hecho, y no ya en el terreno de los principios, ¿hasta qué punto puede haber esperanza de que mi acción introduzca a Dios en la vida de mis alumnos? Los rasgos del sumo Bien, en no pocas ocasiones, se infieren mejor por contraste que por semejanza al mirar al educador. Por eso, en el plano natural, parece exígua la posibilidad de que, por tal camino, lleguen de modo perceptible al educando la imagen y la llamada de Dios.

Se dice que los recursos del hombre, en dicho plano natural, son «en cierto modo infinitos». Esa apreciación es exacta: el entendimiento y la voluntad solo hallan paz en la medida en que se libran de todo lo parcial e imperfecto.

Ahora bien, el librarse de lo parcial e imperfecto, exige trascender las limitaciones que ligan el ser y el actuar de la persona humana. La persona humana es capaz de lo infinito, no porque tenga en sí el último fundamento de un poder ilimitado, sino porque lo infinito se comunica a ella, si ella consiente en admitirlo. De ahí que, en definitiva, la eficacia en educar no pueda provenir de nosotros; podemos hacerla llegar al umbral del educando, si previamente la admitimos, pero sin causarla en modo alguno. Más aún, cabe temer que a nuestra libertad, en el orden humano, apenas le sea posible aceptarla y hacer que llegue al discípulo; quizá resulte mucho más fácil —en ese orden natural— cerrarse dentro de la finitud que penetra y envuelve nuestros mejores recursos.

Luego, si nuestra limitación nos ata de tal manera, ¿habrá que dar razón al pesimismo? Antes de aclarar el porqué de la respuesta contraria —expresada ya en el título e insinuada varias veces— es oportuno que tratemos de ver cómo responde en realidad el educador.

El pesimismo tiene otro nombre

Junto al egoísmo que aparece como desmedida tendencia a dominar, crece una rama gemela, nacida del mismo tronco: el egoísmo bajo forma de tendencia desmedida al placer sensible y sensual. No hay por qué insistir. Baste observar que en los dos casos el hombre busca centrar en sí los bienes y absolutizarse; procede cual si el en-

tendimiento y la voluntad no estuvieran impulsados hacia Aquel que es el verdadero Bien absoluto; y, de hecho, queda sin los bienes superiores que, por naturaleza, debería alcanzar. Consecuencia normal son el hondo disgusto y la conciencia de fracaso.

Tal estado, aunque no llegue a sus formas extremas, se manifiesta de innumerables modos en nuestra vida. Con ello no quiere decirse que el pesimismo del educador tenga siempre ese origen; mas no cabe duda que, en buena medida, así ocurre. Para descubrir el porqué de la esperanza y sentirla en lo profundo, haría falta salir del ámbito estrecho donde el egoísmo nos tiene encerrados. Lo infinito, y, por tanto, lo único eficaz para los problemas decisivos, sólo podemos hallarlo yendo más allá del hombre; reconociendo, con amor y de manera efectiva, que nuestra única infinitud es una indigencia capaz de admitir el Amor infinito.

En el humilde terreno de la realidad cotidiana, el educador opta muchas veces —de manera más o menos culpable— por la solución cuya falsedad y despropósito hemos venido observando. El proceso pudiera esquematizarse así: el egoísmo se traduce en actitudes, ora defensivas ora agresivas, que todo intentan subordinarlo al propio bien individual; y, a la vez, la persona es invadida por el pesimismo. Entretanto, la labor educativa, según el egoísmo sea más o menos absorbente, se parece más o menos a los jirones de una preciosa tela desgarrada.

Antes nos fijábamos en alguna de las causas que nos inducen a temer sea poca o casi nula la eficacia de nuestra labor educativa. Ahora vamos advirtiendo que consentir en ese temor, significa, en numerosas ocasiones, aceptar la presencia y la acción del egoísmo, anulador de aquella eficacia; es decir, muy a menudo, la actitud pesimista y la causa del fracaso de la educación, no solo van parejas, sino que se aúnan e identifican.

Veamos todavía, con más pormenores, cómo en ciertas formas de proceder, harto frecuentes, se encierra una respuesta pesimista, y al propio tiempo egoísta, a la pregunta sobre la posibilidad y límites de la educación. Las observaciones que siguen, nada buscan, sino sugerir y, de este modo, ayudar para otras más completas y fecundas.

La fórmula «como no puedo, nada hago», es una de las que mejor expresan el pesimismo (según la acepción más usual de esta palabra); y es reflejo de nuestra actitud, en un grado quizá notablemente superior a lo que la primera mirada nos descubre. Todos sa-

bemos cuán relativo es el concepto de impotencia frente a los obstáculos; y también conocemos la inclinación a considerar imposibles los proyectos menos atrayentes que la propia comodidad.

Esa comodidad se oculta, en no pocos casos, bajo formas de resignación que nada tienen que ver con el auténtico y valioso sacrificio. Con frecuencia resulta más llevadero el dolor aceptado pasivamente, que la molestia en discurrir y aplicar soluciones efectivas; y dicha molestia es precisamente el primer y principal sacrificio que se pide al educador.

En ocasiones, la poquedad también nos lleva a huir de lo difícil mediante otro recurso: el de un cuidado excesivo y meticuloso por la perfección de los detalles. El tiempo invertido en pormenores, que llegamos a convertir en cuestión capital, puede ser mucho menos penoso que el esfuerzo por dominar el núcleo mismo del problema y resolverlo. El criterio que debe seguirse, no es, por cierto, el de ir solucionando lo más fácil, sino el de abrazar los medios más eficaces para la solución total.

Hay, empero, un exceso contrario, igualmente reprobable: el de acometer contra las dificultades sin discernimiento. En el fondo, la causa es la misma: suele ser más cómodo lanzarse ciegamente, que hacerlo con toda generosidad y a la vez orientando la energía. En particular, nos sale al paso el peligro de la inercia; en ella no encontramos motivación alguna que nos guíe, excepto la de rehuir la incomodidad de tener que adaptarnos. Evidentemente, no es así como se logra la eficacia de la educación; en la medida que se aplican en serie los recursos educativos, se prescinde de lo esencial, porque, en igual medida, se procede como si los educandos no fueran personas.

De otro lado, también la multitud confusa de iniciativas, y el prurito de sintonizar con cada una de las circunstancias que surgen, pueden ser indicio de superficialidad y egoísmo. El educador que así procede, debería recordar que la adaptación, lejos de ser el fin de la labor educativa, solo tiene valor si se encauza y subordina al verdadero fin. O sea, que lo deseable no es acoger todas las circunstancias; sino llegar, de algún modo, a torcer el curso de las mismas, para que muevan al discípulo, situado en ellas, a educarse. Indudablemente eso exige al educador mayor esfuerzo; de ahí la facilidad con que a menudo cedemos y nos acomodamos. No cedemos quizá frente a las situaciones que dificultan el dominio de nuestro «yo» sobre las voluntades de los alumnos; pero nos sentimos impotentes para promover el dominio del Bien en sus almas.

Parecida superficialidad, que es debilidad profunda, solemos manifestarla también cuando nos proponemos seguir a los educadores más eximios; y, en un plano más modesto, al querer imitar a nuestros mejores colegas. Es frecuente reducirnos entonces a copiar lo técnico, es decir, los procedimientos exteriores, sin cuidar lo bastante de aquello que ha de dar vida y fecundidad. La razón es la de siempre: el mimetismo es más fácil, y al parecer más brillante, que asimilar los valores del espíritu. Ante los obstáculos que rodean lo más valioso, nos oprime el pesimismo, porque el egoísmo nos impide actuar.

Pero lo grave —porque supone, al tiempo que presencia del mal, renuncia al remedio— es la actitud negativista en enjuiciar los valores que nos superan. Los ejemplos de generosidad me producen inquietud; las empresas nobles, bien orientadas y fructíferas me molestan. Lógicamente, tendría que valerme de esta mi desazón como de acicate para avanzar; pero es más cómodo librarme de ella, fijando la atención en los defectos que acompañan a todas las virtudes y grandezas del hombre. De nuevo, la lógica del egoísmo. No es verdad que tales defectos sean lo dominante en la vida de quien elige la verdadera generosidad como norma; ni tampoco lo es, que el camino de mi seguridad, y, menos aún, el de mi auténtico bien, esté en negar aquello que rebasa mis actuales fuerzas. La seguridad nunca se halla cerrándose dentro de los propios límites; porque la persona humana solo tiene consistencia en la medida en que está abierta a Aquel que es el Todo. Así, precisamente el abrirse es, en último término, la única manera de conseguir el bien personal.

El «no» frente a los valores que vemos en los demás, toma incluso la forma de «no hacer ni dejar hacer». Rehusamos la invitación tácita a seguir el ejemplo; y, amén de negar lo que, por excedernos, sentimos que nos humilla, procuramos cortar sus flores y frutos, y hasta suprimirlo de raíz. Claro que la conciencia nos impide realizar del todo este deseo; es más, protestamos, en la corteza del alma, de que no queremos semejante cosa. Pero, aparte de los motivos nobles que pugnan contra tal deseo, suele haber algo más oculto y menos tranquilizador, acariciado con disimulo. El propósito, que casi nunca me atrevo a declarar, de vivir seguro a toda costa, me induce muchas veces a apartar la atención de los motivos que más influyen en mí; y entre ellos está, con no poca frecuencia, el de lograr el bien egoísta tomando los medios para «no hacer ni dejar

hacer». Si esos medios han de producir lo apetecido, importa evitar que turben la conciencia; y de ahí el intento de persuadirnos, en la superficie del alma, de que las intenciones son rectas y puras; al paso que, en lo recóndito, se acepta el agrado que proporcionan dichos medios, desplegados hacia su avieso fin.

Si faltan fuerzas u oportunidad para la oposición activa y manifiesta al bien que otros realizan, surge tal vez el resentimiento. Este, a menudo, constituye un arma temible en manos del egoísmo. Valerse del resentimiento es poco arriesgado; lo cual está muy de acuerdo con la comodidad que se busca. Además, con esa arma es fácil herir a personas movidas de generosidad, delicadeza y rectitud, a las que el egoísmo propio no soporta: a ellas les preocupa y duele el temor de haber perjudicado al resentido. Mientras, el resentido resiste mejor el impacto de aquello que no quiere imitar; porque ve cómo causa dolor a quien le da ejemplo.

Confianza cobarde

El examen de las debilidades que nos aquejan, pudiera aumentar el pesimismo. De este modo se agrandarían aún más las oscuridades del cuadro; pues ya hemos visto —constantemente ha habido ocasión de observarlo— que esas debilidades tienen su origen en la actitud pesimista de resignarse a la impotencia. Pero tampoco hay nada que esperar del optimismo (propensión a ver solo aspectos favorables), si no se encauza, con esfuerzo y tacto, hacia los problemas reales. De ahí que sea preciso fijar la mirada en tales problemas. Nadie ignora que el pesimismo no está en reconocer lo difícil ni lo malo, antes en juzgar que no hay solución y rendirse.

Por otra parte, la entera verdad del problema educativo y de sus datos, no sólo no se reduce a las dificultades y al mal, sino que, en definitiva, está en el bien. El mal no puede ser explicación última; porque sólo existe en seres cuya más íntima y profunda realidad es participación del Bien infinito. Lo que ocurre es que, de esas participaciones, debido a que son imperfectas, no siempre resulta perfecta armonía. Incluso llega a producirse confusión monstruosa; porque el poder de la libertad es infinito —nada hay que no pueda ser elegido, explícita o implícitamente, por la voluntad libre— y ese poder reside peligrosamente en seres limitados. Aquello que, de por sí, más nos asemeja a Dios en las acciones naturales, tenemos la posibilidad de torcerlo en sentido contrario. Nuestros límites y el mal que nace ocasionado por ellos, son, pues, fuente de problemas. Pero, por debajo

del problema, subsiste el bien, con una consistencia de la cual la del problema es tan solo sombra; y, como Causa de todo bien finito, se nos descubre el Bien que no tiene limitación alguna.

Mas no conviene que anticipemos. Se ha insinuado ya lo insuficiente que es el optimismo, tal como a menudo lo entedemos y aplicamos. Sin duda, pensar que en mí y alrededor mío predomina el bien, de forma que no haya razones para inquietarme, es, no sólo ilusión, sino además, casi siempre, cobardía. Si quiero hablar sinceramente, deberé confesar que me refugio en ese mundo de ficción porque no acepto la lucha. Y, como la retirada es desagradable, me digo, para advertirla lo menos posible: ¿a qué fin el esfuerzo, si no hay contra qué esforzarme?

Aclaremos más. Lo que nos importa, es el bien egoísta; el *pesimismo* nos aconseja, con mayor o menor disimulo, que tratemos de alcanzar ese bien sin la incomodidad ni los peligros del combate; y, para no combatir y al mismo tiempo evitar el temor y no sentir la derrota, procuramos convencernos de que no existe el enemigo.

Esa actitud es claramente ilógica y pueril, considerada en relación con el bien individual: el mal nos amenaza, aunque no pensemos en él. Pero, desde otro punto de vista, puede observarse algo que es aún más peligroso: bajo color de optimismo, ocultamos nuestra falta de generosidad, para justificarnos ante los demás y ante la propia conciencia. De nada soy responsable —parecemos exclamar— ya que el mal no existe en mí ni en torno a mí.

«*Cor irrequietum*»

El educador es una persona que, a pesar de tener su libertad asediada y muchas veces vencida por aquello que es menos noble en el ser humano, ha de plasmar en otras personas una semejanza viva y cada vez más perfecta de Dios. No puede lograrlo, sino admitiendo a Dios en el centro de la propia vida, en la raíz de los actos libres; y ¿cómo conseguir esto?

Las observaciones que han venido ocupándonos, no cierran el paso a la esperanza: junto al mal y en el interior mismo del mal, la actividad libre se ve penetrada por la verdad y nunca soporta sin protesta los bienes que excluyen el Bien. El hombre sabe cuál es el camino; y que sólo en la altura adonde le conduce se halla el sosiego. Subir hasta esa altura es no quedar detenido en los bienes limitados; y de ahí que el hombre, si persiste en vivir recluido en la

propia finitud, no pueda tranquilizarse, por más que lo procure. Hay, pues, algo en nosotros que nos invita a confiar: precisamente aquello, y sólo aquello, que nos eleva por encima de nuestro yo y de todo lo humano.

Así, adquirir lo más indispensable para educar, es, al mismo tiempo, seguir las aspiraciones más hondas del hombre. Por eso, si el pesimismo del educador —según hemos tenido ocasión de advertir— es funesto, debemos añadir además, al parecer, que no se basa en razones concluyentes. Esto no significa aprobar la actitud, denunciada ya, de quien, para evitar los problemas que ha de resolver, trata de acomodarse en un mundo de ensueño; significa que parece haya más poderosas razones de esperanza que de temor. Es decir, cabe opinar que los recursos puestos a nuestra disposición para vencer el mal moral y superarlo, prevalecen, de por sí, sobre ese mal. Más aún, el poder de disponernos a educar triunfando del mal en nosotros mismos, acabamos de ver que no es mera opinión, sino un hecho que no admite réplica.

Notemos también que creer lo contrario es incapacitarse para educar: ¿cómo intentar la educación de otros, si estamos convencidos de que nuestra propia vida se opone a ella sin remedio? Hasta el poner en duda la fuerza superior que tienen, respecto del mal, los recursos otorgados al hombre, constituye, si la duda es real y consentida, una actitud que por su misma naturaleza es incompatible con la educación. Tal duda, en efecto, lleva consigo la exclusión del Bien sumo; porque tan solo en virtud de esa exclusión queda la libertad subordinada a los bienes finitos; y, sin atarnos de este modo a ellos, no cabe negar nuestro poder de dominarlos, ni siquiera ponerlo en duda, ya que tenemos conciencia de ejercerlo.

De manera, pues, que, comparados los recursos y el mal moral del educador —aun en el plano de las solas fuerzas naturales— hay que admitir la superioridad de aquéllos; y consentir en dudar de esa ventaja, es sujetarse a los bienes finitos y querer excluir al Bien sumo. Con ello nos cercioramos de que la desconfianza del educador sobre la eficacia de su influjo educativo, llevada a grados extremos, es tan solo un aspecto del egoísmo. Y además, ambos a dos —egoísmo y desconfianza— así unidos, anulan la labor educativa. Insistamos, para mayor claridad.

Encerrarse dentro de los propios límites o de cualquier otro límite, es dar curso a las tendencias egoístas. Los actos no egoístas,

sino generosos, únicamente los realizamos a través de las facultades superiores; y éstas, en la medida en que se distinguen de las energías animales, nos llevan más allá de todo lo finito. Las energías animales son ciertamente egoístas, ya que, en último término, se rigen por los criterios del placer y el dolor del individuo. El hombre, aunque quiera, no puede recluirse por entero en esa vida animal; necesariamente se eleva a un plano superior, cuyo horizonte —último porqué de todos los actos— es el Bien infinito. Por eso cabe decir que el ser humano es religioso por naturaleza. Mas, de otro lado, el hombre puede pugnar por sumirse, como último objetivo, en los bienes que no son el Bien sumo. En tanto que procede así, vive esclavo del egoísmo, como los seres infrahumanos; y, a la vez, en igual medida le oprime el pesimismo, porque sus más fuertes aspiraciones quedan frustradas.

Al seguir este último camino, se anula todo intento de educar. El fin de la educación, en efecto, es precisamente el que la persona llegue a dominar sobre cuanto la sujeta a limitaciones. La educación es un abrir y dilatar: consiste en hacer que el educando salga de sus límites, para entregarse a la verdad y al bien. No se trata, en modo alguno, de sacrificar la vida a las ideas abstractas de «verdad» y «bien», sino —a través de fines próximos e intermedios— de asemejarse y unirse, cada vez más, a Aquel que es la Verdad y el Bien. Promover así la educación —único modo posible de educar— es borrar incluso, en cierto sentido, los límites que separan a los hombres; es hacer que se conozcan y se amen como personas y, por tanto, sin subordinarse a la finitud; o sea, que unan cada vez más sus vidas, uniéndolas juntos a Dios, Verdad pura y sumo Bien. El educador ha de conducir las vidas de los discípulos a ese divino centro de unidad, trenzando con ellas la suya propia; y de ahí que, al tomar como fin —descubierta o disimuladamente— las limitaciones egoístas, realice un influjo exactamente contrario al fin de la educación.

Pero los problemas que nos ocupaban, no se han resuelto todavía. Ciertamente, como hemos visto, el educador puede vencer y superar aquellos males propios que más se oponen a su acción educativa; mas en esta afirmación hay no poca ambigüedad; y, de otro lado, ¿queda suficientemente probada?

En realidad, no queda aún demostrado que el educador pueda elevarse al nivel mínimo de una generosidad suficiente para poder educar con eficacia. Por lo demás, no hay que detener el esfuerzo al lle-

gar a ese nivel, pues nada nos autoriza a suponer que la persona —destinada a lo infinito— permanezca en el bien si acepta detenerse en lo finito. Pero, por otra parte, hay grados en la fidelidad a Aquel que, al darse a nosotros, nos invita a ir franqueando, sin cesar, los límites de nuestra deficiencia. Según esto, si pensamos en cómo el mal nos envuelve y nos invade, ¿diremos que en nuestra actividad libre puede haber grados de fidelidad firme, delicada y entera? Y, si el educador no logra decidirse a avalorar de este modo sus actos libres, ¿cabe admitir aún el poder humano de educar?

Colma de esperanza a ese respecto, la doctrina de que la gracia eleva el ser y los actos a un orden esencialmente superior. Mas conviene advertir aquí dos cosas. Primero, que a menudo procedemos cual si no confiáramos en la naturaleza humana ni en la gracia divina. Segundo, que el conocer cómo nos exige actuar la naturaleza humana, imagen de Dios, y los recursos y limitaciones de la misma, es excelente medio para disponerse a acoger la ayuda sobrenatural. Dios es quien tiene la primera y la última palabra en nuestros actos, por más que éstos sean libres. Ahora bien, nos importa, como educadores, ver la fecunda proyección de esa verdad, aun en el plano de la naturaleza. Sin duda, resultará así más fácil enjuiciar el pesimismo, tomar frente a él decisiones adecuadas y no recelar de abrirnos a la gracia divina. Lo que sigue, quizá consiga prestar siquiera una débil ayuda en este sentido.

En el camino de la solución buscada, abundan los peligros; tanto, que pudiera parecer lógico negar toda posible manera de avanzar por él. Ese camino es el de los actos libres. La libertad debería dar a la vida una dirección y un alcance dignos del hombre, creado para Dios; mas, de hecho, innumerables veces el resultado es muy otro. En tal resultado negativo, se anida la tentación de juzgar que nuestra libertad se halla, desde su raíz misma, en posición neutra, y aun antagonica respecto del bien.

Algo se recordó en páginas anteriores —y mucho más pudiera decirse— acerca del mal moral que se desliza en nosotros y nos tuerce la libertad. Añadamos que, propiamente, ese mal no nos invade desde fuera, antes surge de nuestro interior; más aún, fluye de lo íntimo de los actos libres. Eso es lo temible, pues, en rigor, los actos libres son el único medio humano de unirnos al sumo Bien. Las circunstancias no llegan a sujetarnos al mal; es nuestra libertad quien, más o menos inducida por aquéllas, da origen a lo malo. Y, si tal ocurre,

¿hasta qué punto puede remediarnos, una libertad, no solo dañada, sino fuente de nuestra contaminación? ¿No cabe temer que, en circunstancias propicias al mal, éste brote y crezca en nosotros, sin remedio?

¿A qué se reduce, si no, el poder de autodecisión que llamamos libertad? Muchos piensan que nuestras elecciones están radicalmente condicionadas, y aun determinadas, por cada situación; es decir, por las circunstancias concretas que rodean el acto. Todos admitimos que lo bueno —en el terreno moral— supone algún acto libre en la persona humana; y que de igual principio proviene lo moralmente malo; mas la supuesta decisión libre, ¿no será tan solo surgir imprevisible y necesario, ora de lo que en apariencia es bien, ora de lo que parece ser mal? Porque una misma libertad ¿puede ser causa, realmente explicativa, de modos de elección tan contrarios?

Se habla de la responsabilidad del hombre; pero, como acabamos de entrever, no faltan razones o pretextos para la persuasión, quizá secreta, de que lo inflexible y lo fortuito nos dominan; y de que nos es imposible evitar esta servidumbre.

Por cierto, que, si las decisiones estuvieran así ligadas, no habría por dónde salir del mal moral; mas tampoco nos causaría inquietud, pues ni existiría ni podríamos pensar en él.

Felizmente, el mal moral nos produce dolor. Y lo importante es que no nos duele por mero egoísmo; al contrario, nos duele por ser la negativa a una llamada que resuena en lo profundo de nuestro ser y que nos invita a desprendernos del egoísmo. Ello no ofrece duda: las tendencias, no solo más nobles, sino también más hondas y fuertes, nos inducen a no hacer de nosotros el centro de todo; porque nada hay en nuestro existir, que no sea, en primer término y esencialmente, depender. Dichas tendencias nos mueven a referir nuestro ser al Bien sumo; por eso el egoísmo, como intento de subordinarlo todo al propio yo, es lo más opuesto a la naturaleza humana y forzosamente produce dolor.

El bien y el mal nacen, sí, de una misma libertad humana. Esa libertad sería ilusoria, si ambos surgieran con igual posibilidad: la decisión sería entonces un libramiento de energía provocado según leyes rígidas, aunque, para nosotros, más o menos imprevisible. Tal es la manera de actuar de las fuerzas que no rebasan lo finito. Pero en nosotros hay una capacidad enteramente superior: no solo podemos ir, al pensar y al querer, más allá de lo finito, sino que carecemos de paz mientras no despleguemos así nuestra vida.

El bien y el mal, si fueran igualmente posibles, podrían compararse al crecimiento de un chopo: en línea recta o irregular, según lo determinen las condiciones del medio y la índole del árbol. En el chopo, es nuestra ignorancia la que nos lleva a considerar ambos miembros de la alternativa como igualmente posibles: un vegetal concreto, puesto en circunstancias concretas, sólo puede crecer de una forma, porque sólo da curso a energías de poder limitado. Pero, en las acciones humanas, sí tiene realmente cabida una doble posibilidad, debido a que el hombre jamás se encierra del todo en la finitud; y, precisamente por ser la posibilidad doble, es necesario e inevitable propender hacia un miembro de la alternativa con mayor fuerza que hacia el otro.

Veamos, con brevedad, el sentido exacto de estas últimas afirmaciones.

Es erróneo creer que todos nuestros actos nacen sin más caracteres que los de cada situación, singular y concreta. Admitir eso, es —perdónese la comparación— no saber distinguir entre los recursos puestos en manos del hombre y la energía vegetal del chopo. No todos los actos del hombre «acontecen», como los hechos de una pantalla que se proyectase en lo íntimo de nuestro yo, incorporada a la propia conciencia; de muchos de ellos somos autores, hasta el punto de poder, además de realizarlos o no, elegir el modo de ser que ha de distinguirlos, imponiéndonos sobre cualesquiera circunstancias que no resulten de nuestro mismo querer. No es que los actos de la persona humana se ajusten, en todos sus aspectos, a la voluntad de quien los realiza, antes casi siempre ocurre lo contrario; pero, aunque no se logre del todo el objetivo, a menudo la persona es psicológicamente dueña de proponerse o no proponerse lograrlo; y no se requiere más para que la decisión sea libre. Pues bien, dicha libertad no sería posible, en caso de ser igualmente poderosas las fuerzas que nos impulsan a lo bueno y a lo malo.

Los partidarios del psicoanálisis difícilmente soportan tales ideas. El hombre que ellos imaginan, es mero espectador —interesado, mas, en definitiva, impotente— de la lucha entre las propias tendencias. Pero las tendencias que el psicoanálisis considera fundamentales —tendencias a la seguridad, al placer de la vida y al placer de la autodestrucción —se reducen a una sola: la que hemos venido llamando egoísmo. Ahora bien, olvida el psicoanálisis que, frente al egoísmo, algo, todavía más radical y fuerte, nos mueve a salir de los lí-

mites del yo: la tendencia al Bien infinito. No se trata de egoísmo disimulado, que busca su intento por vía indirecta: aquí no procura el hombre subordinarlo todo —incluso el sumo Bien —al yo; sino subordinarse sin restricción alguna, con entrega incondicional, a Aquel sin el cual nada en absoluto seríamos.

Mas ¿podemos comprobar, realmente, que la persona humana, por naturaleza, tiende a Dios con mayor intensidad que al bien egoísta? Entre otras razones para afirmar lo contrario, parece deba señalarse la del pecado original. Y, si admitimos que la tendencia más honda y fuerte nos lleva al Bien sumo, ¿cómo se explica la facilidad con que el hombre se aparta de El?

No es posible que estas páginas estudien con la necesaria amplitud problemas tan arduos. Van dirigidas tan solo a dar confianza al educador por medio de la sinceridad. Pero recordemos siquiera lo que tantas veces hemos oído.

Las heridas que el pecado original nos causó, han sido en tal forma reparadas, que los recursos actuales del hombre superan sin medida a los de la naturaleza pura, no elevada al orden sobrenatural. (De otro lado, esto no significa que el hombre haya nunca existido en estado de naturaleza pura.)

Respecto de cómo nos es posible apartarnos del Bien sumo, repitamos lo que ya se insinuó. El hecho de ser la tendencia implícita a Dios el móvil más fuerte y completo de nuestra actividad consciente, supone en nosotros un poder y una dignidad en cierto modo infinitos; y precisamente de ahí, en colaboración con los estímulos que nos llegan de los bienes inferiores, nace el peligro —irracional, pero real— de centrar la vida en lo humano, cual si, en virtud de aquel poder y dignidad, nuestro yo fuera el sumo bien.

Mucho habría que añadir. Ocupémonos, pues, todavía, al menos un poco, de los problemas y solución encerrados en la tendencia al Bien infinito; solo así podemos lograr conclusiones valiosas y claras. Aunque, a la verdad, para discurrir sobre esos temas, haría falta recoger con gran atención lo que otros han dicho; y, cosa más importante aún, hablar a Dios desde lo profundo del alma.

Libertad

La honradez exige negar de plano lo que presuponen ciertos psicólogos, y ciertos aficionados, cuando aplican los llamados «tests de

proyección»: que lo instintivo sea lo más poderoso, y quizá lo decisivo, en la vida de la persona humana. Llégase incluso a tachar de hipocresía la actividad que trata de oponerse a las propias apetencias instintivas; la norma suprema de la conducta sería la fidelidad a sí mismo, la «autenticidad», entendida cobardemente como idealizada sujeción a lo animal. Igualmente falso es afirmar que el modo de ser de las acciones es determinado por el psiquismo inconsciente o subconsciente, sin que haya alternativa para una genuina libertad.

Estos errores tal vez lleguen a ser particularmente nocivos en casos en que no se profesan abiertamente: cuando los acaricio en esa región turbia del alma adonde procuro que no llegue la luz y a la cual gustosa y disimuladamente concedo la dirección de buena parte de los actos.

Aquí se palpa cómo la verdad infunde temor al hombre egoísta. Y, con todo, el disgusto habitual que nos aqueja sólo se alivia abriéndonos, no cerrándonos; abriéndonos, no a lo cerrado, sino al Infinito; no para huir de la realidad, antes para acogerla y hacer que el Amor infinito la invada por entero.

A pesar de las ruindades ajenas y propias, que se manifiestan de innumerables modos, somos capaces de elegir la sinceridad y la generosidad; porque el egoísmo coarta las aspiraciones más implacables de la persona. Esta razón se ha aducido ya repetidamente y hemos procurado penetrar cada vez mejor su sentido. Fijémonos ahora en que toda la vida consciente está a su favor.

Cualquier forma de actividad consciente, en efecto, se sitúa ante un horizonte que jamás alcanzamos por completo en la vida terrena. Conocemos el ser, viéndolo realizado en nosotros y en todo lo existente; pero, asimismo, advirtiendo que no se agota se ninguno de los seres limitados, ni aun en la totalidad de ellos. Al decir «es» —y lo decimos sin cesar, explícita o implícitamente, de la mañana a la noche— nuestro espíritu se proyecta hacia lo infinito. Además, al descubrir de este modo el ser, surge, en igual medida, la idea de bien. Por eso, mientras vivimos en estado consciente, actuamos bajo el influjo de la tendencia al Bien infinito.

Importa recalcar que dicha tendencia es la más honda y fuerte. Esa mayor intensidad estriba en que el Bien infinito es más apetecible y amable que todo otro bien.

Sin duda, la inclinación a una idea, aun a la idea del bien ilimitado, es más débil que la tendencia a las realidades. Mas nadie afirma

que seamos atraídos poderosamente por la *idea* de un bien sin límites; lo que nos mueve, aquello que nos impide aquietarnos, es la ausencia actual del Bien infinito, real y *existente*, expresado en tal idea.

Luego, ¿en todos los actos conscientes conocemos y deseamos a Dios? De modo implícito, sí; hasta en las acciones pecaminosas. Recordémoslo un instante.

Es elemental, en toda metafísica digna de este nombre, que la realidad del *ser*, a fuer de evidente, no admite discusión alguna; y que, en cambio, todos los *seres finitos* pudieran no existir. Quien juzga prudente no afirmar la existencia del ser, la afirma, por el hecho mismo de emitir o aceptar una opinión; y, además de esto, la afirma reconociendo la absolutez del ser real, allende todo límite. Porque, al pensar, lo primero que se hace es descubrir una base inconmovible e ilimitada: la verdad del ser, que sostiene y —de manera oscura para nosotros— incluye todas las verdades finitas, aun la de que existen seres finitos. Al hombre le es necesario, empero, en esta vida, explicitar que aquella absolutez tiene su plenitud en Dios. Tan solo discurrendo y, a la vez, creyendo y amando, se llega con seguridad a este último objetivo.

Así, el conocimiento del sumo Bien, tal como aparece en cualquier actividad intelectual o volitiva, no es revelación de un concepto, sino evidencia de una realidad; aunque tampoco es *intuición* del Ser divino. Quien trate de sostener, o de sospechar siquiera, que en ello hay solo ideas o apreciación subjetiva, aceptó ya lo absoluto, más allá de las ideas y de los límites subjetivos; pues, de lo contrario, no hubiera podido pronunciar el «es», que se implica en todo acto de las facultades superiores. Cabe poner en duda ideas y seres, pero no *el ser*: todo juicio y toda actividad volitiva son, en primer lugar, afirmación de que el ser existe y de que es absoluto.

Discúlpese la obligada aridez de estos párrafos. Nos era preciso ver con claridad cuán firme apoyo tiene la aserción de que el hombre va en busca del Bien infinito.

La tendencia a Dios es principio de actos libres, aun para quienes desconocen o niegan que El sea el sumo Bien. Todo hombre que goza de razón, el ateo al igual que el santo, se hallan bajo el influjo de una fuerza que jamás queda prendida por entero en la finitud; de ahí el poder humano, lo mismo para elegir que para rechazar cuanto no ofrece inmediata certeza de ser un bien sin males ni límites, o medio ineludible para lograr dicho bien. El hombre ve de inmediato, aunque

no sin oscuridad, una *realidad* buena, que incluye en sí todo lo deseable y nada más que lo deseable; la ve en el horizonte, como supremo fin, y, por eso, ninguno de los demás fines le ata del todo; al contrario, la persona humana es dueña de ellos, es decir, puede elegirlos o no elegirlos, pues a lo lejos está lo que realmente la cautiva. Hasta tiene el hombre el tremendo poder de rechazar a Dios, por no percibir con evidencia inmediata, sino sólo a través del raciocinio y de la fe, que es El el Bien infinito.

Podemos educar

Esta relativa oscuridad que rodea al verdadero bien, y el atractivo de bienes menos valiosos pero que están más al alcance, dan origen al problema principal y, en el fondo, único de la educación. Se trata de reconocer lo auténtico, sin que lo mixtificado engañe; y de cultivar el genuino amor, sin dejarlo degenerar en apetito, descubierto u oculto, de poseer lo que agrada. Educar es afianzar ese modo de pensar y querer, hasta convertirlo en modo de ser; o, lo que es lo mismo, lograr que lo más noble del modo de ser humano —el carácter de persona, creada para el Bien infinito— domine cada vez más en la vida. Así, pues, ya que, para promover tal obra en los discípulos, debemos realizarla en nosotros, nos es preciso vivir una síntesis de expansión y renuncia: síntesis ardua, pero exigida, como hemos podido observar, por las aspiraciones más elevadas e intensas del hombre.

Síntesis, no solo expansión ni solo renuncia, sino una y otra. Y, al propio tiempo, tampoco fácil compromiso entre las dos. No nos es lícito, bajo pretexto de vida mortificada, adherirnos exclusivamente a nuestro yo. De igual modo, es abusivo el salir de nuestro yo para abrazarnos a los bienes y sustraernos así, en lo posible, a la atracción que el sumo Bien ejerce sobre nosotros. Menos aún, si cabe, nos está permitido juntar ambos excesos —en realidad, nunca van separados— reprimiendo lo que nos lleva a Dios y, a la vez, dilatando el alma hacia lo que nos retiene en la finitud del yo. La postura que se exige de nosotros, es enteramente opuesta: postura de generosidad, no de egoísmo. Se nos pide renunciar a lo que nos ancla en el yo, y entregarnos al dinamismo que nos impulsa al Bien sumo.

No podemos ignorar que esa actitud generosa es la más apropiada al hombre. Se ha advertido ya, que conocemos, de modo necesario, la existencia de un Bien infinito. El raciocinio y la fe nos muestran que

dicho Bien es Dios, el Ser infinitamente perfecto. Pensemos, además, que Dios no sería tal, si algún otro ser existiera sin estar radicalmente vinculado a El. En efecto, el Ser infinito ha de explicarlo todo y, en cierto sentido, absorberlo todo en Sí; de lo contrario, o sea, si algo pudiera juntársele y de la suma resultara una perfección o entidad superiores a las de Dios, habría alguna limitación en Aquel que todas las excluye. Por eso, la referencia a Dios es, no un accidente sobreañadido al hombre, sino lo primario; más aún, a pesar de sus múltiples formas, es lo único real en nuestro ser. Lo restante que en nosotros hay, es, ya simple carencia, ya la carencia que no debería existir y a la que llamamos mal.

Estas últimas observaciones permiten resolver una cuestión que quedó en la penumbra. La tendencia al Bien infinito no debe inducir a buscar en Dios un medio para la felicidad humana; ni siquiera un medio para la perfección propia o ajena. Dios es el Fin; todo tiene que subordinársele, y de ninguna manera puede El sujetarse al hombre. La persona humana, de por sí, nada es; se proyecta, desde lo más profundo de su ser, hacia Aquel por cuyo poder y bondad existe; todo en ella, excepto el mal, clama por una entrega absoluta y amorosa en manos de Dios.

Mas no hemos de exagerar ni un ápice. La entrega total a Dios, reclamada por lo más personal, dinámico y valioso del hombre, nos es en gran manera difícil; porque el hombre está inclinado al mal. Pero no concluyamos, de ahí, que semejante ser es el mayor absurdo que pueda concebirse. La persona humana no es absurda; en ella aparece lo divino, pues, a diferencia de los demás seres corpóreos, creados precisamente para el hombre, ella es *ser para Dios*. Nuestra inclinación al mal semeja los esfuerzos de un niño que, conducido de la mano, quiere soltarse y correr locamente por el borde de un abismo. Mas la razón descubre que la propia naturaleza, y, principalmente, el Autor absoluto de nuestro ser y de nuestro bien, guían y llevan la libertad hacia el verdadero Fin. La fe, por su parte, añade que ese Dios, Autor y sumo Bien del hombre, nos es Padre; y que el Padre procura retener nuestra mano en la suya.

La esperanza tiene que dominarnos; esperanza que, de otro lado, nos exige continua superación. Hemos visto repetidamente cómo la auténtica seguridad se logra en la medida, y solo en la medida, en que salimos de los límites del yo para entregarnos al Bien. Entregarnos al Bien, es abandonar lo estático y dejar que en nosotros se di-

late una vida cuya culminación está en el Infinito; pero no en el infinito abstracto, antes en el único ser que *es*, sin restricción alguna, y a quien podemos definir como Amor. El superarnos, pues, deberá consistir en hacer que nuestra vida pertenezca, cada vez más por entero, al Amor. Y, como educadores, tal es nuestro recurso; porque tenemos por misión el suscitar, promover y dar eficacia a una respuesta del educando, en la que éste también una toda su libertad a la de Aquel que es el Amor. Es necesario que el educador no pretenda ser un fin; que los discípulos vean en nosotros, por el contrario, el comienzo o la continuación de un camino que no debe acabarse y en el que todo invita y mueve a avanzar.

Esto significa que el educador debe acoger en la propia alma, con una adhesión más y más rendida, la santidad de Dios. Nuestra santidad, que no existe, no puede solucionar el problema educativo; pero lo más importante de ese problema queda resuelto, en lo que depende de nosotros, si el educando nos ve entregar incondicionalmente la vida al Bien, aun desde el fondo de las limitaciones en que el egoísmo nos atenaza.

Quizá se haya contestado, con lo que acaba de decirse, a la pregunta de cuál sea la generosidad que Dios reclama del educador. Tal generosidad responde con un *sí* sincero y efectivo al Bien, que, gradualmente, se nos muestra y nos llama. Lo que se requiere es la actitud habitual de aceptación progresiva, ante las progresivas invitaciones que Dios nos hace.

Constantemente el mal nos oprime el deseo. Así, no cabe gozarnos de ofrecer a los discípulos, reflejada en nuestra vida, la imagen del sumo Bien. Mas la sinceridad del deseo, y el dolor por nuestra poquedad y bajeza, tampoco pueden dejar de influir en el educando; despiertan en él, poco a poco, la voluntad de sustituir el egoísmo por el amor generoso. En cambio, si el educador se resigna a la mediocridad, actúa, según el grado de su tibieza, para que los alumnos tomen el egoísmo por norma de los actos libres que van realizando.

La esperanza firme y valiosa del educador no está, pues, en lo deleznable del hombre; está en lo divino, que es raíz de nuestro ser y de nuestras más hondas y fuertes aspiraciones; y, principalmente, está en Dios mismo. A El nada podemos darle, que le haga más feliz ni más perfecto; realmente, nos creó porque quiso amarnos. Todo lo bueno que el hombre es, y, de igual modo, todo lo bueno que el hombre elige, provienen por entero, en definitiva, de Dios y sólo de Dios;

por eso, al conocer, siquiera oscuramente, esa afinidad profundísima que nos une a El, nos es imposible hallar paz en lo finito. Ni aun la adhesión a nuestro yo limitado nos es tan exigida, por las tendencias humanas superiores, como la entrega generosa al Bien infinito. Y dicha entrega —todo lo bueno de las decisiones libres— tiene, en último término, su causa absoluta y total en Dios; de El, que nos creó para amarnos, dependemos radicalmente.

Esta radical dependencia, que nos liga al Bien y nos mueve a confiar, no excusa las formas de inacción egoísta que se ocultan bajo un fácil providencialismo. Dios pide que la persona humana colabore. Es cierto que el hombre no crea bien alguno que se sume a la actividad de Dios: ni en el plano de la naturaleza ni en el de la gracia. Mas la libertad humana imprime dirección al influjo divino, a medida que va recibéndolo: el hombre tiene poder —porque Dios así le ha dotado y le dota a cada instante— para hacer que de ese influjo resulten fidelidad al Amor u ocasión de mostrarse el Bien como Justicia. En los dos casos el Bien infinito triunfa. Pero el educador es la persona que ha sido elegida para lograr que en sí y en los educandos siempre nazca la respuesta de fidelidad al Amor.

Epílogo

Hemos fijado la atención en los obstáculos que la libertad del educador opone a la obra educativa. Es claro que no son los únicos; pero sí, ciertamente, los que con mayor urgencia debemos remediar. Somos directamente responsables de ellos; y la lucha contra las demás fuerzas que dificultan la educación, nos exige, en primer lugar, celo por vencer el mal que vive en nosotros. Nuestra lucha no es deporte, ni menos ha de ser fruto de la ambición; lo que en ella más falta nos hace, es amar generosamente, incluso —y entonces de modo particular— si es preciso combatir con osadía heroica.

La última palabra, que debiera haberse repetido sin cesar, es la de *unión*. La acción educativa y la individualidad cerrada se excluyen entre sí; y nadie elige sinceramente el Bien, si no se abre a lo que hay de divino en toda persona humana. La expansión del amor, y, habida cuenta de nuestro mal, la renuncia impuesta por el amor generoso, han de unirnos a nuestros hermanos. Dios, a su vez, presente en cada uno, nos unirá a todos eficazmente consigo.